

La comida familiar



¡Hoy ha sido un día genial! Era el cumpleaños de la abuela, que es la mamá de mi mamá, y todos los años, el día del cumpleaños de la abuela, se junta toda la familia para comer en un restaurante y la pasamos genial.

Cuando papá, mamá y yo llegamos al restaurante, estaban ya todos allí. En medio había una gran mesa, con flores encima y la familia alrededor, gritando, riéndose y saludándonos. Los demás clientes del restaurante no gritaban, pero se reían.

Fuimos a darle un beso a la abuela, que estaba sentada en una punta de la mesa, y papá le dijo:

—Cada año que pasa, está usted más joven, querida suegra.

Y la abuela le contestó:

—En cambio tú, querido yerno, tienes aspecto de cansado. Deberías cuidarte.

Estaba también tito Eugenio, el hermano de papá, que es gordo y colorado y se ríe todo el tiempo.

—¿Qué tal te va, Gabundo? —le dijo a papá, y a mí me dio risa porque es una broma que no conocía y pienso usarla.

Tito Eugenio me cae muy bien. Es muy gracioso y siempre está contando chistes. Lo malo es que, en cuanto empieza a contarlos, me hacen salir de la habitación. También estaban el tío Casimiro, que nunca habla mucho, y la tía Matilde, que habla sin parar, y la tía Dorotea, que regaña a todo el mundo, y Martina, que es la prima de mamá y es reteguapa, y papá se lo ha dicho, y mamá le dijo a Martina que era verdad, pero que debería cambiar de peluquero porque el peinado no le sentaba bien. Estaban además el tío Silvino y la tía Amelia, que suele estar enferma todo el tiempo; le han hecho un montón de operaciones y las cuenta continuamente. Hace bien porque, con el aspecto tan fantástico que tiene la tía Amelia, se ve que las operaciones han sido un éxito. Y además estaban mis primos, a los que no veo mucho porque viven muy lejos: Roque y

Lamberto, que son un poco más pequeños que yo y que son igualitos porque nacieron el mismo día; su hermana Clarisa, que tiene mi edad y un vestido azul, y el primo Eloy, que es un poco mayor que yo, pero no mucho.

Todos los mayores nos acariciaron la cabeza a Roque, a Lamberto, a Clarisa, a Eloy y a mí. Nos dijeron que habíamos crecido mucho y nos preguntaron si estudiábamos mucho en la escuela y cuánto era ocho por doce. Tito Eugenio también me preguntó si tenía novia, y mamá le dijo:

—Eugenio, no cambiarás nunca.

—Bueno —dijo la abuela—. ¿Y si nos sentáramos? Se está haciendo tarde.

Entonces todos se pusieron a buscar dónde sentarse, pero tito Eugenio dijo que él iba a colocar a todo el mundo.

—Martina —dijo—, tú siéntate aquí, a mi lado. Dorotea, al lado de mi hermano...

Y papá lo interrumpió diciendo que así no, que él pensaba... Pero la tía Dorotea no lo dejó acabar y le dijo que dónde estaba su amabilidad de antes, que ya no se veían mucho y que podía hacer un esfuerzo por ser galante. Martina se echó a reír, pero

papá no se reía ni pizca y le dijo a tito Eugenio que siempre tenía que llamar la atención. La abuela dijo que empezábamos bien, y entonces un mesero que parecía más importante que los demás se acercó a la abuela y le dijo que se estaba haciendo tarde y la abuela dijo que el *maître* tenía razón y que se sentaran todos de la forma que fuera y todo el mundo se sentó, Martina al lado de tito Eugenio y la tía Dorotea al lado de papá.

—Creo —dijo el *maître*— que podríamos poner a todos los niños juntos en un extremo de la mesa.

—Muy buena idea —dijo mamá.

Pero entonces Clarisa se echó a llorar diciendo que quería quedarse con los mayores y con su mamá y que tenían que cortarle la carne y no había derecho y que se iba a enfermar. Todos los demás clientes del restaurante habían dejado de comer y nos miraban. El *maître* vino corriendo, con aspecto de estar bastante nervioso.

—Háganme el favor —dijo—, háganme el favor.

Así que nos levantamos todos para hacerle un lugar a Clarisa al lado de su mamá, o sea de la tía Amelia. Cuando volvimos a sentarnos, todo el mundo se había cambiado de lugar menos tito Eugenio, que

seguía al lado de Martina, y papá, que seguía entre la tía Dorotea y la tía Amelia, que empezó a contarle una operación tremenda.

Yo estaba sentado en una punta de la mesa, con Roque, Lamberto y Eloy, y los meseros empezaron a traer ostiones.

—Para los niños —dijo la tía Matilde—, nada de ostiones. Mejor unos embutidos.



—¿Y por qué voy a quedarme yo sin ostiones? —gritó Eloy.

—Porque no te gustan, cariño —contestó la tía Matilde, que es la mamá de Eloy.

—¡Claro que me gustan! —gritó Eloy—. ¡Yo quiero ostiones!

El *maître* se acercó muy nervioso y la tía Matilde le dijo:



—Dele unos cuantos ostiones al niño.

—Vaya un método de educación

—dijo la tía Dorotea. Y a la tía Matilde eso no le gustó nadita.



—Querida Dorotea —dijo—, permíteme que eduque a mi hijo como a mí me parezca oportuno. De todas formas, tú eres soltera, así que no puedes entender mucho de educación infantil.

La tía Dorotea se echó a llorar y dijo que nadie la quería y que era muy desgraciada, igual que hace Aniano en la escuela cuando le decimos que es el ojito derecho de la profe. Todo el mundo se levantó para consolar a la tía Dorotea, y entonces apareció el *maître* con los meseros, que traían montones de ostiones.

—¡Siéntense! —gritó el *maître*.

La familia entera se sentó y vi que papá intentó cambiarse de lugar, pero no lo consiguió.

—¿Ya viste? —me dijo Eloy—. Tengo ostiones.

Yo no dije nada y me puse a comer mi salchichón. Eloy miraba sus ostiones, pero no se los comía.



—¿Qué? —le preguntó la tía Matilde—. ¿No vas a comerte tus ostiones?

—No —dijo Eloy.

—¿Ves cómo mamá tenía razón? —dijo la tía Matilde—. No te gustan los ostiones.

—¡Sí me gustan! —gritó Eloy—. ¡Pero no están frescos!

—Bonita excusa —dijo la tía Dorotea.

—¡No es ninguna excusa! —gritó la tía Matilde—. Si el pequeño dice que sus ostiones no están







frescos, es porque no están frescos. ¡Además, yo también les encuentro un sabor raro!

Vino el *maître*. Tenía cara de estar de lo más nervioso.



—¡Háganme el favor —dijo—, háganme el favor!

—Los ostiones no están frescos —dijo la tía Matilde—. ¿Verdad, Casimiro?

—Sí —dijo el tío Casimiro.

—¿Lo ve usted? ¡Él también lo dice! —dijo la tía Matilde.

El *maître* dio un profundo suspiro y mandó que se llevaran todos los ostiones menos los de la tía Dorotea.

Luego trajeron el asado, que estaba de rechupete. Tito Eugenio contaba chistes, pero en voz muy baja, y la prima Martina estaba risa y risa. La tía Amelia hablaba con papá mientras cortaba su carne, y papá dejó de comer, y de repente la tía Amelia tuvo que pararse de volada porque Roque y Lamberto se sentían mal.

—Claro —dijo la tía Dorotea—. A fuerza de atiborrar a los niños...

El *maître* estaba junto a nuestra mesa. No tenía buen aspecto y se secaba la cara con el pañuelo.

Eloy, mientras se comía el postre (¡pay!), empezó a contarme que en su escuela los compañeros eran fantásticos y que él era el jefe de la banda. Yo me atacqué de la risa porque mis compañeros son mucho mejores que los suyos. Alcestes, Godofredo, Rufo, Eudes y

